

yando sobre el suyo mi corazón; partes; es en mi helada bruma la que si alguna vez mi inclinación me arrastra al mal, es la perfuma, y participa su naturaleza única que puede castigarme, pero leza del himeneo misterioso de que me perdona; que de mis proyectos descabellados me aparta esas dos cualidades: como flor pertenece a la tierra y como y me absuelve, a quien yo amo perfume al cielo. siempre y que me sigue a todas

16 de octubre de 1834.

FIN DE «CANTOS DEL CREPÚSCULO»

VOCES INTERIORES

PREFACIO

La Porcia de Shakespeare habla en alguna parte de cierta *música* que el hombre tiene dentro de sí. — «Desgraciado, exclama, el que no la oye!» — Pues esa música también se encierra en la naturaleza: si este libro representa algo, representa el eco, débil y confuso sin duda, pero fiel, del canto que responde en nuestro interior al canto que oímos fuera de nosotros.

Por lo demás, siendo este eco íntimo y secreto para el autor la poesía, este libro, excepción hecha de nuevos matices y de desarrollos que exige la época, es sólo la continuación de los precedentes. Lo que contiene, los otros lo contenían también, con la única diferencia que en las *Orientales*, por ejemplo, la flor está más abierta; en las *Voces interiores* la gota de rocío o de lluvia estará más oculta. La poesía es como Dios: una e inagotable.

Si el hombre oye una voz, si la oye la naturaleza, también la oyen los acontecimientos. El autor siempre ha creído que era la misión del poeta fundir en un

mismo grupo de cantos esa triple palabra que encierra una triple enseñanza: la primera se dirige particularmente al corazón, la segunda al alma y la tercera al espíritu. Tres radios de un solo círculo.

Además, en ese grupo, en la época en que vivimos, se encuentra al hombre comprendido enteramente bajo el triple aspecto de nuestra vida: El hogar, el campo y la calle. El hogar es nuestro propio corazón; el campo es donde nos habla la naturaleza, y la calle es la tormenta de los acontecimientos políticos.

Digámoslo de paso: en este choque de hombres, de doctrinas y de intereses, que se lanzan violentamente todos los días contra cada una de las obras que produce este siglo, el poeta ha de desempeñar una misión seria. Sin ocuparnos ahora de su influencia civilizadora, tiene la misión de elevar, cuando lo merezcan los acontecimientos políticos a la dignidad de acontecimientos históricos; para esto necesita abar-

car á todos sus contemporáneos con las miradas tranquilas que la historia dirige al pasado; no dejarse engañar por ilusiones ópticas, por espejismos falaces, y que lo coloque todo en adecuada perspectiva, disminuyendo esto y engrandeciendo aquello; no debe ser cómplice de ningún hecho de fuerza; debe mantenerse con firmeza, austero y benévolo en medio del tumulto; indulgente algunas veces, lo que es difícil; imparcial siempre, lo que es más difícil aún; debe profesar de corazón la simpática inteligencia de las revoluciones, que indica que se desprecian los motines; por tener grave respeto al pueblo, que se alía con el desdén al populacho, su espíritu no debe conceder nada a las insignificantes cóleras ni a las pequeñas vanidades; que su elogio, como su vituperio, tome con frecuencia, según le convenga, ya el espíritu de la corte, ya el espíritu de las facciones: necesita saludar la bandera tricolor sin insultar a las flores de lis, y poder en el mismo libro, casi en la misma página, afear la conducta del hombre que vendió a una mujer y elogiar al joven y noble príncipe por una buena acción; glorificar la alta idea esculpida en el Arco de la Estrella y compadecer la idea triste encerrada en la tumba de Carlos X. Debe atender a todo, ser sincero y desinteresado, y como hemos dicho ya en otra parte, no ser tributario de nada, ni de sus propios

resentimientos, ni de sus agravios personales, consiguiendo de esta guisa estar en ocasiones irritado como hombre y sereno como poeta. Es necesario, en fin, que en estos tiempos, encarnizados en la lucha furiosa de las opiniones, en medio de las atracciones violentas que su razón tiene que sufrir sin desviarse, tenga siempre presente este objeto severo: inclinarse a la parte generosa de todos los partidos y no torcerse nunca hacia su parte perversa.

El poder del poeta nace de su propia independencia.

El autor, como se ve, no prescinde de ninguna de las condiciones rigurosamente necesarias en la misión que se ha impuesto. Comprendido así el resultado del arte, ha de ser éste la dulcificación de los espíritus y de las costumbres; el arte así comprendido significa civilización. A este resultado, aunque el autor de este libro carezca de mérito para desempeñar tan alta función, continuará recorriendo todo el camino que tiene abiertos su pensamiento, por el teatro, por el libro, por la novela, por el drama, por la historia y por la poesía. Lo intenta, lo ensaya y lo comprende. Muchas simpatías nobles e inteligentes le apoyan; si consigue su objeto, a ellas y no a él se deberá el éxito.

En cuanto a la dedicatoria que encabeza este libro, después de haber escrito las líneas precedentes, el autor no cree que necesite

decir que se la ha sugerido un hallándose en su situación. Cumpliendo tranquilamente con un deber. Se comprenderá sin esfuerzo que ni más ni menos, y lo cumple como ante estos dos monumentos, el se deben cumplir todos los deberes, sin cólera, sin vanidad y sin hacer ruido. A nadie admiradómico, pero los dos sagrados que obren así. Después de todo para él, no podían ocurrírsele más a Francia nada debe importarle que pensamientos serios y graves: que caiga una hoja de su espesa únicamente señala una omisión, corona de gloria, ni que esta hoja y esperando que la reparen en la recoja un hijo. La nación es el sitio oportuno, el autor la repara al frente de este libro, concediendo a su padre una hoja de papel, que es todo aquello de que puede disponer, sintiendo que esa hoja no sea de granito; obra como cualquiera hubiera obrado

Paris, 24 de junio de 1837.